

PARA UNA MORFOPRAGMÁTICA DEL ESPAÑOL

Calvo Pérez, Julio

Universitat de València, Departamento de Teoría de los Lenguajes, Facultad de Filología, Avenida Blasco Ibáñez, 28, 46010 Valencia, Tlfno. (96) 3864264, Fax: (96) 3864778.

(Recibido Abril, 1998; aceptado Junio 1998)

BIBLID [1133-682X (1997-1998) 5-6; 25-58.]

Resumen

En este artículo se pretende mostrar que el componente pragmático de la gramática tiene acceso al 'núcleo duro' de la morfología: es lo que denominamos morfopragmática en el modelo de la Pragmática Topológico-Natural (Calvo 1993). Este acceso se manifiesta tanto en el orden de los morfemas como en el de los flexemas: el primero en relación con la Pragmática Léxica y el segundo con el par pragma-semántica / pragma-sintaxis en dialéctica bidireccional. Además, se considera que la pragmática, que en otras lenguas conserva un hueco en la palabra para la mostración de evidenciales, lo tiene en español también por lo que respecta a los sufijos evaluativos: diminutivos, aumentativos y despectivos. Otros fenómenos de creatividad morfológica de los hablantes en el contexto de sus interacciones llevan a sentidos que no tendrían explicación sin este subnivel de representación morfológica. Por eso, cualquier modelo que se hurte a este componente (como es el caso de la Gramática Generativa) parece incapaz de dar solución a los problemas planteados.

Palabras clave: pragmática, morfología, diminutivos, Gramática liminar, teoría lingüística.

Abstract

In this article I intend to show that the pragmatic component of the grammar can accede to the 'hard nucleus' of the Morphology: This field is known as Morpho-pragmatics in the Topologico-Natural Pragmatics model (Calvo 1993). This access becomes evident in the morphemic and in flexematic order too: the first of these is the Lexical Pragmatics and the second the Pragma-semantics / Pragma-Syntax pair, offered to us in bidirectional confrontation. It is considered, furthermore, that Pragmatics, which has in other languages word

slots to introduce evidentials, provides a special one in Spanish in relation to diminutive, augmentative and pejorative suffixes. Other phenomena of morphological creativity of the speakers in the context of their interactions lead to senses that would have no explanation without this sublevel of morphological representation. Because of that, any model that refuses this component (as Generative Grammar models do) does not seem to be able to solve the problems we are referring to.

Key words: pragmatics, morphology, diminutives, Liminal grammar, linguistic theory.

Resumé

Dans cet article il s'agit de montrer que le composant pragmatique de la grammaire peut accéder au 'noyau dur' de la morphologie: c'est ce que nous appelons Morpho-pragmatique dans le modèle de la Pragmatique Topologico-Naturel (Calvo 1993). Cet accès se manifeste tant dans l'ordre des morphèmes que de les flexèmes: le premier par rapport à la Pragmatique Lexique et le second par rapport au pair Pragma-Semantique / Pragma-Syntaxe en confrontation bidirectionnel. En plus, on considère que la Pragmatique, laquelle permet in autres langues un vide dans la parole pour la monstration d'évidentiels, offre aussi en espagnol un autre pour les suffixes évaluatives: diminutives, augmentatives et péjoratives. Il y a d'autres phénomènes de créativité morphologique des parlants dans le contexte de ses interactions qui amènent à sens qui n'auraient pas une explication sans ce subniveau de représentation morphologique. C'est-à-dire, que tout modèle qui manque de ce composant (comme c'est le cas de la Grammaire Générative) nous semble incapable de donner une solution aux problèmes posés.

Mots-clés: pragmatique, morphologie, diminutif, Grammaire liminaire, théorie linguistique.

Sumario

1. Introducción a los usos morfo-pragmáticos. 2. Mensurabilidad morfo-pragmática. 3. Valoraciones metodológicas para el estudio de los morfemas. 3.1. Un morfema muy concreto: los diminutivos y su interpretación pragmática. 4. Supuestos organizativos de la pragma-morfología. 5. Esquemas de la morfología del español. 6. Evaluación.

1. Introducción a los usos morfo-pragmáticos

Al oír que aquel señor mayor le decía a la guía, joven y rubia, bastante simpática, de nuestra excursión: ¡Adiós, rubiales!, comprendimos que la morfología no era solamente cosa de la gramática de las lenguas, sino que hay decisiones morfológicas que vienen producidas por el contexto pragmático, hasta el extremo de que cuando hay discrepancia entre éste y el sufijo empleado es cuando mejor se observa su fuerza extramorfológica. Si

analizáramos los diferentes sufijos que puede tener la raíz *rubi-*, veríamos hasta qué punto es positivo evaluarlos desde esta no acostumbrada perspectiva: *rubi-* es una raíz adjetiva del español, lo que no impide que se puedan formar sustantivos con ella como es el caso de *rubia*, planta vivaz / *rubia*, pececillo teleósteo / *rubia*, moneda árabe. Se observará, no obstante, que la elección que hagamos de las categorías dependerá principalmente de nuestra competencia sobre los papeles sintácticos en los que algunos sufijos funcionan como adecuadores¹ de la categoría exigida para su inserción. En otro lugar ya hemos mostrado que la morfología es un artificio para la puesta en marcha de la sintaxis y de la semántica, especializándose, por un lado, en la morfología flexiva y, por otro, en la derivativa (Calvo Pérez 1989)². Se trataba de una propuesta en que la morfología era sólo la disciplina instrumental puesta al servicio del Significante y del Significado para hacer posible el contacto y fusión de las dos perspectivas separadas que constituyen el signo lingüístico. Desde esta orientación podría decirse que la morfología es meramente simbólica, operativa en el núcleo central y duro de la gramática, un núcleo al que el contexto situacional apenas llega y en el que parecen darse fenómenos difícilmente catalogables como pragmáticos. Pero la idea anterior, la de la consideración de *rubi-* como adjetivo previo según nuestra experiencia, desdice esa opinión o la matiza muy ampliamente. Las categorías de base de

¹ Un **adecuador** / **acomodador** es, desde ahora, un elemento morfológico instrumental que permite una operación sintáctica / semántica, respectivamente. Basándose en el primero, ha solido formularse la teoría de Regla del Núcleo a la Derecha (Williams 1981) o la de Filtración Categorical (*percolation*) según la cual la morfología no existe como módulo lingüístico independiente (Lieber 1992). Basándose en el segundo se ha preferido, con igual intención, hablar de Herencia Categorical (Randall 1988).

² Ser un artificio al servicio de otro módulo gramatical no implica identificación con él. De hecho, no podemos identificar con Selkirk (1982) las reglas de estructura sintagmática con las de la constitución de la palabra (*vaivén*, formado por dos verbos coordinados es, por ejemplo, un sustantivo). Tampoco aceptar con Lieber (1980) que los morfemas se inserten sin más en el diccionario: de hecho existen formas que, aunque ligadas y marginales, pueden producir significado fijo (*-ista* indica adscripción material o ideológica: *deportista*, *maoísta*), pero hay otras que, aunque plenas, no tienen significado actualizado fuera de su realización y no pueden ser productivas (*re-**mitir permite la descripción de *re-* como prefijo significativo, como en *reponer* "volver a poner", pero rechaza la de **mitir*, forma que sólo tiene significado diacrónico en la serie cerrada *permitir*, *transmitir*, *omitir*, *admitir*...). Lo mismo vale para *persuadir* / *disuadir*, para *ocurrir* / *discurrir* / *concurrir* / *incurrir* / *recurrir* / *transcurrir*... explicables solamente desde un nivel morfológico inferior, al que hemos llamado submorfología (Calvo Pérez 1993), ubicada en un nivel intermedio entre las formas no motivadas submorfémicas y las formas morfológicas plenas. Cf. Davis 1992).

una lengua son prototípicas en cuanto a su consideración absoluta (al margen de su anclaje) y se hacen menos prototípicas en cuanto comienzan a derivarse de ellas categorizaciones operativas no esperadas. Eso es lo que nos llevó en el pasado (Calvo Pérez 1983) a pensar que existía una pragmática léxica y que los lexemas de una lengua estaban en función de esa idea experiencial que tenemos sobre las referencias inmediatas que emanan de la relación Ste./Sdo. Por ello, cuando se añaden morfemas a una palabra para adecuarla, sucede que entendemos que tal decisión tiene que ver con la sintaxis (*la niña-A rubi-A*, pero *el niño-O rubi-O* por efectos de la concordancia), y si es para acomodarla (hablamos también de acomodadores) con la semántica (*Ya el rubi-CUNDO Apolo...*) o si es para ambas cosas con el par sintaxis-semántica (*la rubicund-EZ del extranjero*), pero ello no obsta para que el lexema en su conjunto, como unidad global o como compuesto de unidades menores reconocibles, pertenezca al diccionario de la lengua. Y el diccionario de la lengua es un producto pragmático: a entidades, acciones, procesos, cualidades, etc. les corresponden simplemente palabras de un modo u otro relacionadas, pero a veces insosmetibles a reglas.

De esa manera, en muchos casos en que opera la morfología es una ciencia global del lenguaje la que se arroga del entorno de las relaciones Ste./Sdo. Esa ciencia es la pragmática, la cual tiene que hacerse cargo de las explicaciones últimas a que se somete cualquier decisión morfológica. En nuestro ejemplo, llamar *rubiales* una persona mayor a una joven rubia, con la que no se tiene excesiva confianza, es romper el contexto del comportamiento no marcado que se espera del hablante. Quizás sea casi lo mismo que si le hubiera dicho sólo *¡Adiós, rubia!*, pues en tal contexto también debiera preterirse el adjetivo en función expresiva y admitirse solamente en función referencial como en *Mi hija que es rubia como tú...*, lo cual lleva a otros problemas de adecuación pragmática. En concreto, la explicación que podemos dar de *rubiales* va más allá de la que admite la RAE como normal en su diccionario, donde se lee:

“Rubial₂. Que tira al color rubio [donde el sufijo *-al* indica aproximación y es de carácter semántico]. Dícese de tierras y plantas. 2 pl. fam. Dícese de la persona rubia y, por lo común, joven.”

En efecto, una persona rubia y joven es aquella a la cual con menos riesgo se le puede llamar *rubiales*, pero el contexto público de la relación cicerone-turista, por muy informal que sea, impide tales confianzas. El diccionario no dice, aunque los hablantes lo saben (los comentarios fueron unánimes), que el sufijo *-al*, con plural fijado *-ales*, representa, con su infrecuencia, esa gran frivolidad que el turista nunca debió permitirse con

la guía de turismo.

Observemos por un instante en esta introducción los sufijos que concurren en una raíz como *rubi-*, de la que dejaremos de lado subderivaciones semánticas como *rubi-ø* ("mineral cristalizado ¿de color rubio?"), *rubidio* ("metal [...] en el análisis espectroscópico presenta dos rayas rojas"), *rubicela* ("espinela de color vinoso"), *rubicán* ("aplicase al caballo o yegua que tiene el pelo mezclado de blanco y rojo"), etc., que son palabras que remiten completas al mundo, es decir a la Pragmática Léxica sin discusión (Calvo Pérez 1983)³. Eso sucede incluso con *rubéola* ("enfermedad infecciosa consistente en una erupción roja"), pese a ser derivada de *rúbeo*.⁴ Las palabras encontradas son éstas: *rube-facción* y su co-derivado *rube-faciente* / *rúbe-o* y su aproximador⁵ *rubi-al*, *rubesciente*⁶ / *rubi-áceo* / *rubi-cundo* y su derivado *rubi-cundez*, *rubi-ficar*... En ellas se presenta una raíz electiva entre la vocal abierta y la cerrada anterior correspondiente (*rubI-/E-*), aspecto que no nos permite afirmar que la raíz sea simplemente *rub-*, el único tramo invariable de sonido, ya que las modificaciones observadas no dependen sino de los problemas de

³ El estudio de la Pragmática Léxica tiene que ver con el hecho de que el léxico de las lenguas es, globalmente, una consecuencia del mundo que nos rodea, aunque haya incidencias de la lengua hacia éste a la hora de crear los términos con que nombramos el entorno. Es la vieja dialéctica entre el contexto y la lengua la que está por medio lo que invita a que esas decisiones tengan que ver con la pragmática. Aquí restringimos el campo de la P.L. sólo a la morfología, es decir, a la consideración de que los morfemas menores también dependen de decisiones pragmáticas. Para aquel otro campo más amplio remitimos a Calvo (1983, 1986 y 1989).

⁴ Al tratarse igualmente de soluciones sincrónicas, dejaremos de lado otros haces de palabras que se pudieran diacrónicamente considerar: ni *rubor* ("color encarnado o rojo muy encendido") o *ruborizarse*, ni *rubro*, ni *rufo*, ni *roya* ("hongo de tamaño muy pequeño") dependen ahora de nuestro campo de estudio, aunque estén emparentadas.

⁵ Llamaremos *aproximador* de un término a aquél que siendo en principio sinónimo de otro se restringe en sus usos. *Rubial* se define como que "tira al color rubio", al igual que *rúbeo*, pero a diferencia de este último se limita a "tierras y plantas". Se observará que el más abierto es el que definiría inmediatamente al otro: *rubial* = "rúbeo aplicado a las tierras y las plantas".

⁶ *Rubesciente* y *rúbeo*, a tenor de las paráfrasis académicas, parecen totalmente sinónimos, pero no es del todo así, ya que la sinonimia perfecta de los sufijos (como la de los lexemas) no se da sino en contadas ocasiones (*madril-eño*, *murci-ano*, *alav-és*, *conqu-ense* como gentilicios, servirían de ejemplo) y ésta, a la vista de su aplicación, no creemos que sea ninguna de ellas.

conexión habidos en el pasado diacrónico: bien por la forma latina < *rube_us* o bien directamente por el castellano < *rubio*. Eso hace que las formas en *rube-* sean en principio, y por su procedencia, más cultistas que la formas en *rubi-* y acarreen, de hecho, agrupaciones léxicas distintas.

Si nos centramos en los derivados anteriores, observaremos la siguientes particularidades:

1) El sufijo *-áceo* remite a un término botánico: “dícese de las plantas angiospermas dicotiledóneas...” y denota objetividad extrema. Cualquier intento de hacer expresiva esta palabra (*el rubiáceo ese*) equivaldría a vegetalizar al aludido. El resultado sería siempre despectivo, pero inocuo. En este mismo sentido de objetividad se mueve otro adjetivo *rúbeo*, con terminación similar y con resultado poético, dada la antigüedad de su uso. Este difiere, a su vez, de *rubial*, que es adjetivo relacionante y ofrece ejemplos de función representativa neutral como *rubíáceo*, aunque menos técnicos.

2) *Rubesciente* no es un sinónimo absoluto de *rúbeo* o *rubial*. Más bien ostenta una formación semiactiva en *-nte* frente a la activa máxima de *-dor*, aquí no formada (cf. Winther 1980 para similar cotejo en francés). La paráfrasis de *rubesciente* viene a ser “lo que se presta a ser considerado como rojo”. Ello frente al frío estatismo de *rubíáceo*, *rúbeo* y *rubial*.

3) *Rubefaciente* es /±activo/ como *rubesciente*, pero añade causatividad, de ahí que la paráfrasis sea “aquello que ayuda o fuerza a que algo sea considerado como rojo” (por ejemplo, un medicamento que enrojece la piel). El resultado es también cultista. Como lo es el sustantivo abstracto formado con igual raíz: *rubefacción*. El sustantivo *rubicundez* y el adjetivo *rubicundo* están en la misma relación categorial que los dos anteriores: el primero es un sustantivo abstracto (*-ez* y *-ción* son sufijos abstractivos casi sinónimos, puesto que se prestan a complementaridad⁷) y el segundo es adjetivo.

4) *Rubicundo*, definido como “rubio que tira a rojo” (una definición muy repetida en este conjunto de palabras por los académicos) se caracteriza, pese a todo, por su sufijo pasivo de obligatoriedad como “algo que puede / debe ser considerado como rubio”, frente

⁷ *Mediatez* y *mediación*, por ejemplo, no son sinónimos, e incluso la primera necesita el prefijo negativo *in-* para ser del todo aceptable. En grado extremo, *-ez* sería más locativo y abstracto (por tanto, pasivo) y *-ción* más agentivo y de efecto (por tanto, activo) por la categoría de origen, adjetivo y verbo respectivamente. Se observa incluso esta agentividad cuando *-ción* entra en duplicidad con el sufijo *-miento* en derivados isocategoriales: *desecamiento* / *desección*, *recibimiento* / *recepción*, *detenimiento* / *detención*...

al adjetivo en *-nte*.

5) Por último, según advertimos antes, todo lo que representa la forma *rubi-* tiene que ver con el color rubio, mientras que las palabras cultistas con raíz *rube-* hacen referencia directa al rojo, como en latín.

Un segundo caso. Tampoco señala el diccionario cuál es la diferencia entre *prolífico* y *prolífero*. En ambas opciones el sufijo es transcategorizador sintáctico (de un no motivado *prole*) y en ambos casos la indicación es causativa semántica ("que hace o que convierte en algo numeroso"), pero eso no es suficiente para hablar de sinonimia. Las dos palabras significan igual para la Real Academia, aunque se le da más importancia a la entrada *prolífico*. Además, no se usan igual. Cuando un colega gramático dedicó a otro colega lingüista un artículo suyo con estas palabras: *Para el prolífero X* (es preciso ignorar sus nombres ahora), lo que pretendía, al mismo tiempo que le dedicaba su apreciado trabajo, era tal vez desprestigiar subliminariamente al colega de los suyos por una vía aparentemente inocua, que casi pasaría inadvertida: por la de la morfología, que actúa a nivel inferior y permite la coartada consciente de la sinonimia. Pragmáticamente hablando, un escritor prolífero es un escritor prolífico sin mucho provecho en sus escritos. Así que D. Ramón Menéndez y Pelayo o D. Lorenzo Hervás y Panduro deberían ser calificados siempre de prolíficos y nunca de prolíferos, a poco que se les aprecie. La vieja gramática, cuando hablaba de sufijos afectivos, de sufijos despectivos, etc., ya reconocía esa postura del hablante en sus juicios sobre lo hablado y estaba asumiendo, por tanto, que los sufijos (en los que nos centraremos) son algo más que acomodadores o adecuadores de las gramáticas visibles de las lenguas: allí donde se puede, donde hay juego morfológico (véase más abajo), la ciencia gramatical "dura" se hace permeable a nuestra inmediata producción de efectos.

Siguiendo con este ejercicio se verá que no todos los morfemas de una lengua tienen matices peyorativos para el receptor de un mensaje, o matices que denuncian el poco cuidado del hablante para con sus esporádicos intermediarios. En la mayoría de los casos sucede al revés, dado que intentamos ser personas educadas: es el principio de cortesía el que predomina sobre cualquier otro supuesto. Por ejemplo, la señora que va a la panadería y pide: *Dos barras* y añade, *cociditas*, no está exigiendo con su diminutivo que las barras de pan estén poco horneadas, lo que parece sugerir cualquier diminutivo (*iglesita* nombra una iglesia pequeña; *un librito de papel* es un libro llevado a su más mínima expresión: la del tamaño del papel de fumar, etc.), sino que está pidiendo por favor que el pan que le den esté bastante cocido, no quemado, tal vez un poco más hecho que el que se vende normalmente. La explicación, entonces, puede ser doble: que se utilice un diminutivo por cortesía o que se utilice un diminutivo como potenciador por encima de la norma a manera

de **espín** cuántico de aparente doble significado (al igual que cuando se dice *mi hermanita* puede hablarse con cariño extremo o con algún sarcasmo, derivado de la ironía, el espín más común).

Todos los ejemplos analizados permiten prever, de manera objetiva, que los sufijos son en sí mismos elementos de la primera articulación y, por tanto, asimilables a formas pragmático-léxicas. A partir de ese significado de base, la comparación con otros sufijos de la serie, de manera macroestructural, como la comparación entre sí de los distintos usos de un mismo morfema, de manera microestructural, deben llevarnos a nuevas opciones para la interpretación pragmática del nivel morfolingüístico.⁸

2. Mensurabilidad morfo-pragmática

Hemos visto tres ejemplos. Uno permitía eliminar el sufijo y decir simplemente *cocido*, otro optaba entre dos sufijos *-ífico* / *-ífero* y, anteriormente, era el conjunto de la palabra *rubi-ales* y en ella especialmente su sufijo el que se prestaba a especial interpretación pragmática. Justo en el terreno de las opciones no determinadas por el par semántica-sintaxis es donde parece percibirse mejor la impronta de este componente. Así que al emplear un morfema pre- o post-radical podemos preguntarnos, para descubrirlo, por los diversos modos de acercamiento a su uso libre o en un contexto novedoso. Estos son, sin ser exhaustivos:

1) La diferencia se da entre la palabra pre -/ su-fijada y la base más desnuda posible que se instituye como palabra real (*peón* vs. *peon-ada*, *conocido* vs. *archi-conocido*).

2) La diferencia se da entre la palabra pre -/ su-fijada y la base más desnuda posible, de carácter lingüístico virtual (*man-* vs. *man-ita*, *regn-* vs. *inte-rregno* *mov-* vs. *auto-móv-il*).

3) La diferencia se da entre dos palabras co-derivadas completadas con morfemas (*pie-cito* vs. *ped-únculo*, *san-ativo* vs. *san-atorio*).

Las formas de 1-3 parecen implicar cambios de significado morfo-léxicos. Pero esto no sucede en todos los casos:

4) La opción nace entre dos palabras co-derivadas sin apariencia de cambio

⁸ Pocos autores han acercado la morfología a la pragmática. Honrosa excepción es, sin duda, García-Medall (1994) y su intento de explicar las presuposiciones que emanan de la prefijación verbal, autor para quien "es necesario reconocer que los procesos morfológicos no son meros procesos locales, y que para su conocimiento es menester implicar a otros componentes de la gramática de las lenguas naturales" (p. 22).

semántico (*man-ita* y *man-ec-ita*, *pie-c-illo* y *pie-cec-cillo*).

5) La opción surge de una forma aleatoriamente elegida para el conjunto con el mismo significado (*aragon-és*, *logroñ-és*, pero no **conqu-és*; *conqu-ense*, *osc-ense*, pero no **murci-ense*).

6) La opción proviene de dos o más formas sin aparente cambio de significado al límite de la sinonimia total (*matrit-ense* y *madril-eño*, *najer-ano* y *najer-ino*⁹).

Las operaciones citadas de 1-6 implican idéntico contexto, idénticos hablantes y oyentes, etc. (o tienden a ello), es decir, están vistas como opciones absolutas. Pero eso no siempre se nos ofrece así.

7) Un cambio de contexto implica cambio de interpretación, por más que el par Sdo.-Ste. se mantenga invariable (*prob-able* es "que se puede probar", pero también "verosímil" y si se refiere a un hecho futuro "que es más fácil que acontezca que no").

8) Un cambio de contexto exige una forma nueva (*prob-at-ina* no se emplea en el mismo contexto que *prob-at-ura*, aunque sean ambas expresiones familiares, equivalentes a "prueba": la primera parece que lleva a la consideración de prueba con mal resultado, repetida en exceso y sin método).

El contexto era hasta ahora el propio de una raíz que centraliza el significado, pero a veces convendrá investigar el significado abstracto de un morfema, tras revisarlo en su paradigma de base.

9) Un mismo morfema aparece casi siempre con diferentes raíces (*pendenci-ero*, *flor-ero* y *carpint-ero* sugieren significados dispares: los dos últimos, formando sustantivos, nos llevan a "objeto que hace de recipiente" y a "oficio"; el primero que se resuelve en adjetivo, significa "inclinación, propensión o tendencia").

10) Un morfema se aísla de la base de apoyo y toma significado en sí mismo. La opción ahora es entre \emptyset y X. (*ha venido su ex*, *vengo del super*). Sólo el contexto de la frase, no de la base, permite una interpretación diferente.

Otras posibilidades de análisis añadidas a éstas son:

11) La unión de morfemas reduce el campo de acción de la palabra a un mínimo

⁹ *Cuenc-ano* y *conqu-ense* implican ya distinto contexto, al menos mucho más claramente, pues se refieren a Cuenca de Ecuador y de España respectivamente. *Sevill-ano* y *sevill-ista* son gentilicios de muy distinto cariz, ya que la adscripción ideológica o deportiva cuentan mucho (si no, que se lo digan a un bético), por lo que no siempre el significado tiende a hacerse sinónimo. Al contrario, las diferentes opciones tienden a ser diferenciadoras o a fosilizarse y desaparecer.

interpretable (*saca-puntas* se permite sólo para casos en que se nombra el instrumento de afilar los lápices y no otros).

12) La unión de morfemas rebasa la complejión mínima (*corre-ve-i-di-le* es una formación humorística, burlesca, que va más allá de las exigencias de cualquier acomodo semántico o sintáctico. Por eso existe junto a *chismoso*, *alcahuete*, etc. y tiene connotaciones propias).

13) La unión de morfemas desvía la significación mínima (*al dedillo* ya no se admite como expresión reducida de *a dedo* o *al dedo*, *parrilla* ya no admite cotejo con *parra* y deriva teóricamente en la submorfología).

14) La unión de morfemas perturba la formación mínima (*chupó-ptero* no implica nada alado, a diferencia de *hemíptero*, *arquíptero* o *himenóptero*. Lo mismo sucede con *plumi-fero* diferente de *ali-fero*, por ejemplo. Más bien parece aludirse directamente a insecto o animal, que es lo que metafóricamente sugiere la animalización de la persona que se aprovecha de los demás; o, en el último ejemplo, a ave dotada de plumas o que porta sus propias plumas, ahora con significado meliorativo).

En estos y otros supuestos de cambio de contexto, de morfema libre o de intención enunciativa, es donde la morfopragmática encuentra su campo de aplicación. Por el contrario, cuando tenemos *Echa la ceniz-a al cenicero* y no *Echa el cenic-ero a la ceniz-a* (en que el significado semántico y la escena cambian) o cuando tenemos *Juan me admira*, *Juan es admir-able*, *Juan vive admirable-mente* (con estructura sintáctica diferente), el papel de la pragmática queda para una interpretación que rebasa generalmente a la estricta morfología.

3. Valoraciones metodológicas para el estudio de los morfemas

Los casos de referencia podrían ampliarse a muchos más, lo que dice bastante sobre la dificultad de una máquina para hacer semántica y sintaxis por el simple contacto o suma de las partes de la palabra. Y esta máquina es aplicable a autores que han querido automatizar sin más la creación e interpretación de los complejos morfemáticos. Hasta el presente, la mayor incidencia la ha tenido el hecho de que resultaba difícil saber por qué opción morfológica decidirse: Palabra y Paradigma, Unidad y Orden y Unidad y Proceso son los tres métodos clásicos que permiten acercarse a la palabra para su evaluación. El primero, que no se fía de que las palabras se constituyan de unidades menores, prefiere tratar cada una por separado en el paradigma que la contiene (*comemos*, *coméis* y *comen*

son tres palabras diferentes y no la misma, para todos los efectos): es un método que se conforma con negar las evidencias analógicas y de formación del léxico, para evitar soluciones demasiado drásticas (*hecho* y no **hacido* o *freído* / *frito*). El segundo, rebasa esa opción minimalista de la morfología (y maximalista de la palabra) y se inclina por sugerir que el orden de acumulación formal de la palabra tiene algo que ver con el significado final y con las opciones intermedias (*indescriptible* se puede relacionar con *descriptible*, permitiendo que el prefijo se una a un conjunto ya formado y no con que el conjunto funcione como un todo radical al que se le una el sufijo *-ible*; pero así tal vez lo que cuenta es la raíz frente al conjunto total con sus morfemas añadidos como sugiere la paráfrasis "aquello que no puede ser descrito" o como parece ser el caso de *en-tern-ec-er*, donde ni existe **tern-ecer* ni tampoco **en-tierno*; sucede incluso que el orden de los sufijos puede alterarse, lo que hace que *deriv-acion-al* y *lexic-al-iz-ación* aparezcan en orden diferente). El tercero, consciente de las dificultades del anterior, se inclina por considerar las partes de que consta la palabra en el proceso en que se adhieren (*pus-o* es pretérito fuerte de *pon-er* y es en el proceso de constitución del pretérito desde el infinitivo donde se puede explicar su anomalía). Las dificultades aparecen en los tres mecanismos de análisis que comentamos (Hockett 1954, Robins 1959, Anderson 1982, López García 1983, Matthews 1974, Varela 1990, Spencer 1991, etc.¹⁰). Sobre todo, porque no siempre podemos analizar con criterios de suma de significado, porque no siempre el orden es fácilmente reponible (*¿hacemos cort-e* derivado de *cort-ar* o *disfraz-ar* de *disfraz*?; pues tal vez dependa de si priorizamos la acción frente al instrumento y el resultado o al revés) o porque la sustancia fónica no se deja hacer partes por donde los investigadores quisieran (*padre* y *madre* no resultan de una partición estanca o procesual en que **pa-* y **ma-* tengan algún papel diferencial en el contexto de *-dre*) o porque es preciso renunciar a la analogía general en cualquier paradigma (*¿cómo justificar pongo*, si *pon-* supone dejar *-go*, que no se da salvo en contados casos como *ten-go*, *ven-go*, frente *beb-o*, *muer-o salv-o* y si *pong-* es una formación aumentada, igualmente poco operativa en el resto del paradigma salvo en esta primera persona del presente y en el subjuntivo primero: *puse*, *pondría*, *pusiera*, *pones* no la utiliza, por ejemplo, y este es sólo un caso de los más elementales?). Con todo, mediante procesos de resta y adición, mediante transformaciones (como de *o/e* a *u* en *mur-ió* y *tuv-o* o de *o*

¹⁰ Estos dos últimos, así como Jensen 1990, afines a la Gramática Generativa, defienden los modelos procesuales de esta escuela, sometidos también a grandes dificultades y no exentos de paradojas. Matthews y Anderson son, en cambio, partidarios de un modelo renovado Palabra Paradigma. Del mismo corte escolar son Aronoff 1976, Scalise 1984, Siegel 1977, etc. para quienes el componente pragmático no cuenta.

a *ue* en *muer-e*, *lluev-e...*), y, aún mejor, mediante correlaciones se llega a resultados asequibles (López García 1983). Sin embargo, la morfología se hace evidentemente más difícil cuando se entra en el campo de las posibles elecciones de morfemas (*herbáceo*, pero no **hérb-ico*), de la entidad de estos (¿se ha de partir *amaba* como *am-ab-a* o como *ama-ba*, si *-ab-* es alomorfo de *-i-* de *beb-í-a*, pero para ello se ha de renunciar al papel de la vocal temática *-a?*), de los posibles significados (*mol-ar* de *muela* y *sol-ar* de *suelo* nada tienen que ver como analogías proporcionales) y, principalmente, de los diferentes usos que hacemos de las palabras modificadas. Pues bien, la hipótesis negativa nuestra es la siguiente: no se puede abordar con éxito el análisis morfológico de una lengua hasta tanto no se conozcan los procesos pragmáticos que encauzan la relación significante-significado, sobre todo porque la morfología (derivativa y flexiva) es el instrumento que hace posible la relación entre la sintaxis y la semántica de las lenguas, las cuales están siempre regidas por el marco contextual de los hablantes y por la situación pragmática en que éstos usan el lenguaje.

Partiendo del citado criterio, la llamada Morfología Natural (Dressler 1985, Kilani-Schoch 1988) describe con más acierto la formación de las palabras, sometidas a erosión y acrecentamiento por razones de uso y univocidad y a expensas de los hablantes, quienes las hacen comportarse como índices motivados desde la realidad de sus actos. Pese a ello, las irregularidades no encuentran siempre una explicación apropiada, tal vez porque, de manera obvia, dejarían de serlo y las formas devendrían hasta cierto punto previsibles y sistemáticas. Con todo, la MN se puede hacer fácilmente cargo de problemas como el de la composición, sus grados de cohesión y el significado del constructo final, al ser éste un fenómeno paradigmático digno de ser resaltado y referirse al iconismo constructivo de la lengua. Veámoslo como ejemplo:

Mientras *lava-platos* parece un fenómeno de composición puramente semántico-sintáctico en que un verbo activo transitivo se une a su objeto en plural (o genérico, *quema-rropa*; o no contable, *mata-polvo*) para formar una unidad nominal que supera ambos conceptos (puesto que los contiene: el lavaplatos en un aparato eléctrico apto para lavar la vajilla, entre la que se hallan los platos de cocina...) y donde sólo la necesidad de lo genérico remite a la referencia externa y por tanto a la pragmática, otras formaciones en composición entre las que siguen, por el mero hecho de su codificación en palabras separadas, con guiones, con palabras sugerentes o incompletas, etc. nos invitan a pensar en interpretaciones pragmáticas concomitantes con tales estructuras. Así tenemos:

Autorradio (aparato de radio para el auto o del auto con estructura Sust. en genitivo

+ Sust. en nominativo)¹¹. Del mismo esquema pragmático participa *teletienda*, en que la disparidad categorial permite mejor la intersección.¹²

Bienmesabe en *El bienmesabe es un dulce exquisito*, *correveidile* en *La Rosario era una correveidile*, *metomentodo* en *Eres un metomentodo*, *sabelotodo* en *Piensa que es una sabelotodo* son casos más complejos de frase compuesta, pese a su escritura monoverbal y en ellos intervienen procesos sintácticos de unión bien conocidos.

Sado-masoquista (quien practica por igual la violencia sexual activa y pasiva, con estructura del Adj. podado *sádico* + Adj. adscriptivo); *video-portero* (que es un video que hace de portero), *sofá-cama*, *comisario-jefe* etc.: Sust. + Sust.) señalan con su separación mediante guiones la doble adscripción referencial de sus bases. Muchos de estos términos han sido llamados pseudo-compuestos, en parte porque son ilimitados (*italo-español*, *italo-suizo*, *italo-griego*...), en parte porque son desordenados en su formación

¹¹ La estructura Sust. + Sust. se da con frecuencia: *artimañas*, *astronautas*, *balompié*, *baloncesto*, *coliflor*, *mapamundi*, *pornografía*, *telaraña*, *termómetro*, *videoclub*. Pero se precisa también la intervención semántica para aclarar el compuesto: *mapamundi* aun conserva la estructura latina del genitivo y por eso sabemos que el orden está alterado respecto al ejemplo de cabeza, pero *telaraña* necesita interpretarse para entender que se trata del mismo orden construccional. Los demás ejemplos requieren también glosas interpretativas.

¹² Tiene la misma estructura Sust. + Adj.: *aguardiente*, *boquiabierto*, *cabizbajo*, *camposanto*, *hierbabuena*, *manirroto*, *norteamericano*, *padrenuestro*, *pasodoble*, *patiteso*, *petirrojo*, *radioaficionado*, *vinagre*, *zazamora*. *Piel-roja*, en cambio, se escribe a veces, con guión menos integrado, lo que reafirma las dos realidades del compuesto y sirve de transición al apartado siguiente. Otras combinaciones heterocategoriales invitan a la misma interpretación: (Sust. + V.: *maniatar*, aunque palabras como *mariposa* ya han perdido su motivación; Adj. + Sust.: *altavoces*, *hispanoamérica*, *medianoche*, *terciopelo*, *todoterreno*; Adj. + Adj.: *agridulce*, *altibajos*, *sordomudo*; V. + Sust.: *aguafiestas*, *cantautor*, *cuentarevoluciones*, *cumpleaños*, *destripaterrones*, *espantapájaros*, *guardabarros*, *guardameta*, *guardarropa*, *hincapié*, *limpiabotas*, *matasellos*, *pararrayos*, *rascacielos*, *rompetimpanos*, *trotamundos*; V. + Adj.: *recogetodo*; V. + V.: *ganapierde*, *quitaipón*, *varvén*; V. + Adv.: *catalejos*; Adv. + Sust.: *bienandanza*, *bienvenida*; Adv. + Adj.: *bienintencionado*, *malacostumbrado*, *malhumorado*; Adv. + V.: *bienestar*, *malcria*, *maldecir*, *malinterpretar*, *malquerer*; Prep. + Sust.: *antebrazo*, *antemano*, *compadre*, *conciudadanos*, *contraofensiva*, *contraorden*, *contrapeso*, *contratiempo*, *entreteatro*, *entretiempo*, *entresuelo*, *entrevista*, *sobremontura*; Prep. + Adj.: *entreabierto*, *entrecano*, *entrefino*, *paraensorial*; Prep. + V.: *anteponer*, *contradecir*, *contrarrestar*, *entrechocar*, *parafrasear*, *sobreponerse*, *sobresalir*; Prep. + Adv.: *anteanoche*, *anteayer*). Algunas metaforizaciones o metonimias como las de *aguardiente* o *entrevista* habrían de explicarse también. El compuesto Adv. + Adv. *también* ya ha perdido su motivación.

(*hispano-luso, luso-hispano*) y en parte porque son recursivos (*hispano-luso-americano-filipino*).

Expo '92, con reducción de la palabra y apóstrofo delimitador (más estrecho que el guión) muestra igualmente separación pero se halla más cerca que el conjunto anterior de una explicación holística: aquí se trata de la 'Exposición que hubo en Sevilla en 1992' una unidad compleja que alberga, todavía, un acto y la fecha en que se desarrolló.

Páginas amarillas (Sust. + Adj., que nombra una realidad compleja, unas páginas especiales con información telefónica, que suelen ser siempre amarillas, aunque las páginas amarillas de Internet son buscadores, como el Yahoo y otros, sin color), *guardia civil*, etc. están menos integrados. Casos extremos de composición abierta pueden ser *Audi A4 V6 2.5 TDI* (nombre propio con apellidos añadidos que concretan en ese orden especificativo el modelo exacto de automóvil), *compresa / compresa extraplana / compresa extraplana anatómica / compresa extraplana anatómica plegada*, que muestra el grado de desarrollo temporal habido en este producto comercial, etc.¹³

El límite de la disgregación total lo alcanzan ejemplos separados como *pan de higo* y la fraseología de la lengua.¹⁴

¹³ Hay muchos compuestos que son lexías complejas como *aire acondicionado, cama plegable, guerra fría, lluvia ácida* (Sust. + Adj.); *pobre diablo* (Adj. + Sust.); *cazuela horno, peso pluma, salón comedor* (Sust. Sust.). Hay gran variedad de creaciones con otras categorías como *fuera borda o visto bueno*. En situación intermedia se hallan formas que siendo a veces separables, se tienen también como unidas mediante el cordón umbilical de los guiones: *un-quiero-y-no-puedo*, etc. *Sintáctico-semántico* está al otro lugar del esquema ya que algunos sugieren que se escriba *sintáctico-semántico*, como entidad teórica no separable. *Guardiaciviles* el caso más extremo.

¹⁴ Así tenemos *tú y yo* en *¿te gusta este tú y yo?* o estructuras sintácticas con preposiciones variadas como: *patas de gallo, lentes de contacto, ríos de tinta, jarabe de palo, muerto de hambre, agua de Valencia, plata de ley, cabello de ángel, tocino de cielo, plancha a vapor, moco de pavo, vuelta de hoja, mar de lágrimas* (próximas a las frases hechas). Hay estructuras ya derivadas en alguno de sus términos como *cinturón de seguridad, callejón sin salida, cajón de sastre, cajero automático*. Otras varían a construcciones fosilizadas más complejas como *la sartén por el mango, un jarro de agua fría*. Por su sintaxis se ve que admiten claro plural los primeros nombres en *fin de semana, paquete bomba* y a veces los dos formantes como en *cajero automático*. En ocasiones el plural ya es pragmáticamente obligado como en *bodas de plata y lentes de contacto, ríos de tinta; sala de fiestas, pase de modelos, plaza de toros. Salto de cama* se puede sustituir por *bata, salón comedor* por *salón* y por *comedor, cuarto de baño* por *baño, lentes de contacto* por *lentillas* e icónicamente *temblor de tierra* por *terremoto*, creándose situaciones pragmáticas diversas como reflejan las distintas construcciones. Todos estos ejemplos no se explican solamente como fenómenos morfológicos, sino

3.1. Un morfema muy concreto: los diminutivos y su interpretación pragmática

No podemos negar que el campo de acción de un morfema es el de la palabra en que se inscribe y que, por lo tanto, a mayor objetividad de ésta debe seguir mayor objetividad en los morfemas que la acompañan. Por eso, en un trabajo clásico de morfología liminar se dice que:

Si el diminutivo es un afijo, su dominio de aplicación será la palabra, y su ámbito descriptivo la lexicología: en consecuencia, sus valores de partida serán los de aquélla, es decir los cuantitativos, y es a partir de éstos como deben hacerse posibles los afectivos, y no al revés (López García 1983: 115).

De igual parecer son otros muchos autores, quienes piensan que el papel del diminutivo es el de disminución, empequeñecimiento o mengua de la entidad captada por la base léxica. En contraposición con este aserto, Amado Alonso (1974) es de la opinión de que es lo afectivo lo que mueve antes que ninguna otra pulsión a los sufijos valorativos, de ahí que su estudio corresponda al habla (en vez de a la lengua) y deban ser medidos desde el punto de vista de los valores expresivos. Por eso decimos, en referencia al diminutivo: *una palmadeta de nada, una cajita pequeña*, que de ser descriptivos rechazarían la adjetivación pleonástica que los acompaña. Del mismo modo, sería impensable que el [clarinete] sea mayor que el [clarín] en el plano de la cuantificación. También sería estadísticamente indistinguible la proporción de diminutivos en el lenguaje infantil (como los siguientes en -ete: *monete, tragoncete, golfete, pequeñete, morenete*) en relación con la de la objetividad del lenguaje terminológico científico-técnico (donde, sin embargo, son inencontrables frases como *el mortorcillo de vapor, un antibiotiquillo muy eficaz, los royalttillos que pagamos a los americanos*, etc. Incluso en un mismo registro familiar, entre decir a alguien *ballena* y decirle *tonelete* hay una diferencia que va más allá de la mera gordura objetiva.

Hay otras razones de peso a favor de la idiosincrasia morfémica del diminutivo. Una de ellas es la variedad de formas existentes según los lugares, lo cual tiene que ver más con los rasgos contextuales pragmáticos de una determinada zona que con la sistematicidad de

como fenómenos morfopragmáticos que requieren análisis complementarios sintácticopragmáticos y semánticopragmáticos para entenderlos.

la lengua: *El sabor de la tierr-uca, Ser un golf-in, Nos está haciendo mucho daño ese diabl-ejo, Eres muy apañ-a-ica, Con sus guijarr-illos haciendo dibujos, Se despertó la pequeñ-usa, Mira que eres tont-ueta, Como es tan tragon-c-eta se comió todo lo que había en el plato y por la noche le dolía la barrigu-eta...* Otra es la posibilidad de opción entre un valorativo y otros sin que medie alteración semántica alguna: *moment-ico, moment-ito, moment-illo, moment-in...*, aunque en algún caso la lexicalización impida de hecho la elección (*Estoy plantando ceboll-ino-s* no es lo mismo que *Está plantando ceboll-eta-s*). Lo mismo puede decirse de los interfijos que separan la base del morfema diminutivo, que también son afectivos (Lázaro Carreter 1972): *cafe-n-ito / cafe-l-ito*, aunque a veces hallemos también rasgos afectivos en otros ámbitos como en *dich-ar-ach-ero, hum-ar-eda*. Dichos interfijos, por cierto, pueden igualmente desaparecer sin que eso suponga modificación semántica alguna (es posible decir *cafe-ito* o *man-ita*), sino todo lo más, y sólo en contados casos, elevación al límite de la reducción valorativa: *mentir-illa-s* ≠ *mentir-ij-illa-s* (*Lo dije de mentirijillas*, aunque *Siempre está con mentirijillas* sea aproximadamente lo mismo que *Siempre está con mentirillas*).

Por otra parte, las lexicalizaciones del tipo *boquete, camiseta, juguete, agujetas* responden tanto a disminuciones reales como a la pérdida de motivación que, si es efectiva, es porque hay un cierto disenso con la realidad nombrada; se ve más claro en casos como *tortilla* u *octavilla* en que la objetividad ha llevado claramente a la lexicalización no motivada. Por último, desde el plano más estricto de la pragmática léxica, la cualidad nombrada con el adjetivo o la abstracción de ciertos nombres se presta bastante peor a la reducción real con el diminutivo, sin que ello impida la virtualidad afectiva que se deriva de su uso: *No bajéis la música que altita esta mejor* o *Sí, e inmediatamente vienen las confiantitas*. Luego el valor afectivo del diminutivo es mucho más universal.

De este modo, una gramática liminar *avant la lettre* debe poner en dialéctica ambos criterios interpretativos y obtener nuevas interpretaciones para el diminutivo (López García 1983)¹⁵. En, efecto, los hablantes se mueven entre dos polos de habla y cuentan con una

¹⁵ Otra cosa es cómo se haga. Una GL no dotada de componente pragmático independiente considerará los evaluativos en la estructura enunciativa (nivel de énfasis) y se verá obligada a considerar el subnivel de cuantificación como puesto, midiendo los cuantificadores objetivamente como si fueran derivativos de carácter eminentemente lexicológico. Este carácter sólo se ve, no obstante, en los casos de lexicalización observados como *pescadilla, zancadilla* y otros muchos aquí ejemplificados (n. 16). El nivel citado es gobernado, a su vez, por el sistema performativo y la relación E/R. por lo que en una GL con nivel pragmático independiente, la tendencia es a considerar el sentido, antes que el significado estricto de las

situación dada, con un contexto concreto y una dinámica creadora de sentido que nos invita a pensar que:

a) Lo subjetivo (afectivo, etc.) predomina sobre lo objetivo, ya que las palabras no son inocentes y es frecuente vehicularlas con interpretaciones sugeridas.

b) Lo objetivo (la cuantificación, etc.) predomina sobre lo subjetivo, cuando son las cosas las que se evalúan y miden y, por tanto, cuando los hablantes se mantienen al margen de sus expresiones, lo que difícilmente sucede (*Eché la cucharilla y esperó a ver si picaban*, es una excepción que se ha quebrado por la imposibilidad de usar *cuchara* en un contexto de pesca¹⁶).

c) El contexto semántico vehicular cuenta mucho más que la simple raíz desprovista de significado (*fier-ec-ill-a* se evaluará de un modo u otro según se considere que la base es humana o animada).

Normalmente los procesos a), b) y c) no están separados entre sí, sino que se miden mutuamente. Con ello, es preferible pensar en una dinámica $A \rightarrow B$ o $A \leftarrow B$ o, en general $A \rightarrow/\leftarrow B$.

expresiones con valorativos, y entonces cabe una propuesta como la de este trabajo en que la lectura subjetiva prima sobre la objetiva (sin perder tampoco de vista a su contraria). Por lo demás, es en GL en donde en primer lugar se ha tenido en cuenta, implícita o explícitamente, la existencia de la Morfopragmática.

¹⁶ No es un ejemplo rebuscado. En todos los diminutivos que siguen se aprecia ese desplazamiento de lo objetivo a otra realidad conceptual anteriormente formada: *tortilla* de *torta* se enfrenta a parecidos problemas a los de *octavilla*, *calzoncillos*, *barandilla*, *cartilla*, *ventanilla* o en adjetivos como *pobrecillo*, *pardillo*, etc. Cosa diferente sucede en *tocadita*, *papelillo*, *hormiguita*, *numerito* (*fíjate el numerito*, llevaría a una raíz abstracta), *mosquita muerta*, *mamaita*, *chiquitina*, *galletitas*, *monjitas*. Parecidos problemas se dan en los aumentativos como *papelón*, *blandorro*, etc. que no vamos a comentar ahora por no ser recidivantes. Los siguientes diminutivos: *bosquecillo*, *puñadico*, *musquitita*, *copita*, *palomica*, *ruidito*, etc. nunca estarían del todo desconectados de la interpretación afectiva. Véase incluso *cigüeñita* (*También es virgen, ¿sabes? – Si claro y a ti te trajo la cigüeñita*). Esto muestra que la forma marcada diminutiva no podría adscribirse siempre a objetividad del tamaño (mientras que la subjetividad, salvo lexicalizaciones, puede darse siempre de hecho), lo mismo que se sabe que la forma no marcada alude, por su natural, a áreas, volúmenes o líneas materiales indiferentes (una *raya* puede ser tan corta como una *rayita*, incluso en un cotejo; lo mismo vale para *niño* y *niñito*, *campo* y *campillo*, *ese ya tiene sus añitos*, etc.). En todo caso, los ejemplos con adjetivos están más desequilibrados hacia la subjetividad en proporción casi absoluta: *huequito*, *frío*, *limpiquito*, *juntiquitico*, *tardecito*, *superriquito*, *esmirriado*, *fastidiosito*, *muertito*.

El proceso de b) es pragmático-léxico, los sufijos significan de modo puro y el hablante objetiva el significado con ellos, depurándolos. Los procesos a) y c) son directamente pragmáticos o pragmático-comunicativos de tal modo que el (in)cumplimiento de las máximas y las funciones o la puesta a punto de las presuposiciones, cuentan antes que cualquier otra razón.¹⁷

Por último existen los casos fijados, en los que la morfología impone mayoritariamente sus esquemas y sus resultados (es decir, sus palabras completas y cerradas) y entonces el hablante no tiene más remedio que ceñirse a los hábitos gramaticales de la lengua (se dice un *meti-saca* y no un **saca-i-mete*; se dice *libr-o* y no *libr-a* o viceversa (pero no libremente); se dice *águila* y no **águilo*, pero se ha formado *aguilucho* y *aguilucha*). En estos casos, la morfología es un núcleo duro que no permeabiliza actualmente las libertades pragmáticas, aunque el contexto se refleje (*sacaimete* llegaría a ser un uso correcto si la realidad nos presentara una acción doble y cerrada que comenzara por lo ya introducido): Otra cosa es que el hablante, inspirado en esos usos fijos, y en los móviles que aprende desde niño, se decida incluso a crear formas nuevas con un sentido variable: la palabra *medicament-azo* no significa a mediados de 1998, lo que significó hasta

¹⁷ De hecho, la evocación referencial es básica y en general la medida, que no es determinante, resulta ser concomitante: queremos decir que cuanto más pequeño y fino es un objeto, una acción o una proporción más mueve a la afectividad de los usuarios. Los ejemplos que siguen han sido tomados de un corpus muy amplio. Obsérvese que sólo *mosquito* proviene objetivamente de [mosca pequeña], por más que no siempre suceda en la realidad que su proporción de tamaños se dé: hay mosquitos mucho mayores en proporción. Véanse: *darse una vueltecita, Echarse a dormir una siestecita, Algoito fuerte para mojar la alegría, Ir al parquecito, Una llamadita no hubiera estado mal. Al bebé le di su comidita y se quedo con la barriquitita llena, Aquí tiene sus trajecitos planchaditos, pues, Dale una probadita a Inés de la comida, Lo recuperé con el pantalón mas apretao que tengo, con la falda más cortica, Yo te estoy diciendo la puritica verda., Que se dé un bañito bien calentito antes de irse, Me lo dijo bien clarito, que cuando el viniera no siguiera ese muchachito aquí, Beber agua clarita y nada más, Aquí está la champaña bien frita, Fue así, como una picadita de mosquito, Me lo entregas al bebé como si fuera un tesoro, Hasta luegoito o hasta mañanita, mi amor, Ahorita, ahoritita, Adentro, chicas, A ti ni tantito te importa, No vuelvas más nunquita, Enseguidita lo hicimos, Te extraño muchito, Me voy a morir rapidito, Segurito, maridito, las letras son superriquititas, Toditico te lo di, toditico, La revista trae otros reportajitos, Me ha puesto dos problemitas que para qué, A ver si se te bajan esos humitos. Me tomaré un cafetito, Tengo que tomarme unas vacacioncitas, No quiero hablar del peloterito ese. Ese colorcito, ¡eh! ¿qué colorcillo?, Esta niñita es tu noviecita, Tan grandecito, pero poco acompañadito, El perro estaba encaramando la patica, Dame tu piecito mi amor, ahora tus manitas, aquí, Trabajandito como siempre, Se casó con una provincianita, Esta completico. Yo voy escondidito, Bueno, caminandito iba a irme yo ..*

mediados de 1996. Y no se trataba entonces ni ahora de un medicamento grande, sino de una agresión social grande hecha con medicamentos, o mejor dicho, con la retirada de medicamentos gratis de la sanidad pública (como *hachazo* de *hacha* y no como *perrazo* de *perro*; tampoco como *madraza* de *madre* o *pícaronazo* de *pícaro*, pese a su apariencia de aumentativos, ya que implican afectividad positiva y no el rechazo contextual de los hablantes).

4. Supuestos organizativos de la pragma-morfología

¿Qué proponer para resolver esos casos? Para la Pragmática Topológico-Natural (Calvo Pérez 1989, 1993 y 1994)¹⁸ hay dos principios de aplicabilidad directa a la morfología: uno que el signo es biasimétrico y dinámico: por tanto, que exige lecturas bidireccionales en las estructuras. Por ejemplo *puso* es pretérito de *poner* en tanto en cuanto significa pasado (*Se lo puso ayer*, pero no **Se lo puso hoy* o *Se lo puso mañana*), pero inmiscuye significante en la raíz (frente a *golpe-ó*), por el hecho de presentar formas flexivas átonas, al margen de la regularidad tónica exigida por lo regular en su final significante. De ahí arrastra al resto del paradigma en plural: a *pus-imos*, *pus-isteis* y *pus-ieron* por el hecho también obvio de la recuperación del acento grave (como en *golpe-ámos*, *golpe-áis* y *golpe-an*). Véase como esta doble direccionalidad parece afectar tanto a los modelos de Palabra y Paradigma, Unidad y Orden y Unidad y Proceso como al de la Morfología Natural. De ahí que la Pragmática Topológico-Natural trate de dar cuenta armonizada de todos ellos¹⁹. Por eso podríamos esquematizar así:

¹⁸ La PT-N es una rama de la Gramática Liminar que se ha constituido para liberar a la pragmática de la servidumbre del resto de los componentes gramaticales y elevarla a instancia reguladora previa de los mismos en el contexto de los hablantes y el del mundo en general. Entre sus principios se halla el de la igualación operativa del par Semántica-Sintaxis, la formación del núcleo instrumental de la morfología al servicio del par citado y la necesidad de incorporar siempre el sentido y la finalidad de los hablantes al par Contexto-Lengua, establecido éste en dialéctica como el resto de los pares.

¹⁹ No existen demasiados métodos holísticos para el estudio de la Morfología. Todo lo más se recurre eclécticamente a soluciones particulares de otros morfólogos. Una excepción (fuera de la GL) puede ser la de Bybee (1985) partidaria de un modelo lexical dinámico dotado de "general principles applicable to other types of human psychological processing" (p. 135).

Sdo. → Ste (la palabra progresa morfema a morfema, sufijo a sufijo, disminuyendo de significado léxico concreto a cada escalón y cargándose, en compensación, de significante general operativo).

Sdo. ← Ste (la palabra progresa desde una exterioridad de la concordancia, rección, subcategorización, etc. hacia el núcleo léxico-pragmático más duro).

Sdo. ← Ste (la palabra reintroduce elementos de Sdo. mediante prefijos, etc.).

Sdo. ← Ste (la palabra reintroduce elementos de Ste. como interfijos, cambios de acento, etc.).

Sdo. → / ← / → / ← Ste (la palabra permite, ante el choque Sdo. / Ste. la intromisión de elementos discontinuos en una u otra dirección formativa).

Las palabras, una vez constituidas como totalidad objetivable, actúan como un bloque de construcción manejable en la representación sintáctico-semántica (a veces como un conjunto de bloques; notas 12 y 13), sin que ello implique que no puedan sufrir nuevas modificaciones externas en ciclos posteriores (acortamientos obligados como *del* o libres como *Mari*, aumentos clíticos como *dárselo*, etc.).

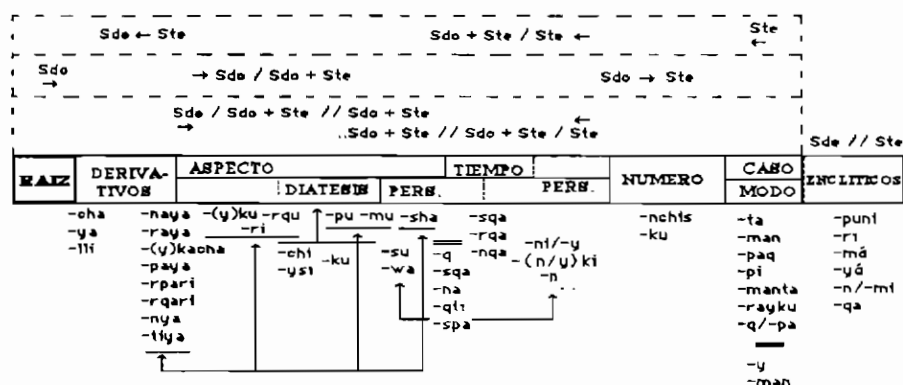
Podría pensarse que el aparato pragma-morfemático es excesivo para la palabra y que como tal representa una vestidura demasiado ancha para ella. Ello iría, en efecto, contra el principio de sencillez o simplicidad, lo cual no quiere decir que por sí mismo el modelo sea malo: los corsés de otros modelos dejan sin explicar fenómenos de la mayor importancia. De hecho en lenguas como el quechua, el aimara, el turco, el tarasco o el esquimal (por no citar sino algunas) de riquísima morfología aglutinante, no basta con acotar un área para las procesos derivativos y otra para los flexivos, sino que hay un área exterior normalmente para elementos evidenciales de carácter pragmático, así como áreas centrales de predominio Sdo.-ste o Ste.-sdo. necesitadas de espacios operativos discontinuos difícilmente explicables por los métodos tradicionales. Véase, como ejemplo, la estructura de la palabra en quechua (Calvo Pérez 1995:38 y Calvo Pérez 1993: 345, 302 respectivamente). En el gráfico de más abajo se observa cómo se construye en general la palabra en esta lengua aglutinante y cómo se lee desde la doble direccionalidad aludida. La palabra que resulta significa "pues tú estuviste haciéndolo poner por doquier", en que *chura*- "poner" seguido del derivativo léxico, que no cambia de categoría la raíz *-ykacha*- "por todas partes", se va completando luego con un aparato variado y muy complejo: el causativo *-chi*-, que aumenta un argumento oracional además de añadir significado obligatorio o permisivo, el progresivo *-sha*- que señala acción en su transcurso (que es antes de nada un flexivo aspectual de la gramática), el indicador temporal de pasado *-rqa*- (más de la pragmática del mundo y menos gramatical como tiempo objetivo que es), el morfema flexivo de 2ª persona de sujeto *-nki*

(que marca concordancia sintáctica, pero que señala al Emisor) y, por último, el sufijo enclítico indicador de la postura del hablante ante el resto de la palabra, que aquí indica respuesta algo contundente, equivalente a "pues claro". Si a esta palabra se le hubiese añadido el objeto de 1ª persona, también incluido concordantemente en el verbo, habríamos tenido: *chura-ykacha-chi-sha-wa-rqa-nki-ri* "pues tú me estuviste haciéndolo poner por doquier" en que *...wa...nki* "tú a mí" es un indicador discontinuo de las relaciones sintácticas en el ámbito de la pragmática pronominal reguladora.

R A I Z	DERIVA- TIVOS	SUFIJOS semántico- sintácticos	SUFIJOS sintáctico- semánticos	SUFIJOS pragmático- semánticos	SUFIJOS pragmático- sintácticos	SUFIJOS pragmáticos
<i>chura-</i>	<i>-ykacha-</i>	<i>-chi-</i>	<i>-sha-</i>	<i>-rqa-</i>	<i>-nki-</i>	<i>-ri</i>

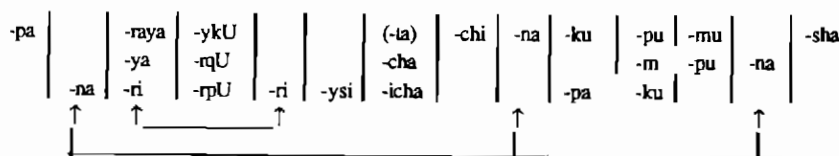
Ello nos lleva a formular (2º gráfico) como general la representación discontinua que sigue de esta lengua andina y los sufijos que la caracterizan:

ESTRUCTURA MORFOLOGICA GENERAL DE LA PALABRA QUECHUA



Debemos explicar 1) que el nivel superior indica la lectura sintáctica, hecha desde el Ste. y alargada hasta invadir el terreno léxico o del Sdo., 2) que el nivel intermedio representa la réplica del anterior en que el significado léxico, representado básicamente por la raíz, se proyecta hasta el significante puro de la misma y 3) que el corazón operativo de la morfología tanto derivativa (leída desde el Sdo.) como flexiva (leída desde el Ste.) constituyen un par inescindible y producen, por tanto, las alternancias conocidas a nivel fónico o las discontinuidades de persona reseñadas (en su calidad de signo parcial). En ese gráfico es justo señalar que Ste. y Sdo. son dos convenciones para aludir a la sintaxis (que da forma a la palabra, produce concordancias y recciones, etc.) y a la semántica (que da cuerpo o sustancia a la palabra y presenta la materia léxica), respectivamente. Luego, el par Ste./Sdo. más exterior, alude a la pragmática, ciencia global que no se escinde la relación anteriormente descrita, pero que marca el sentido de los enunciados en relación con el contexto (de la palabra) dado.

En el tercer gráfico, por último, se señala cómo hay elementos morféimicos que se reproducen por recursividad y que ocupan distintos lugares en los huecos o nichos de la palabra. Aquí sólo se marcan los que se refieren a la dinámica Semántica-Sintaxis, pero hay otros, entre los llamados enclíticos o entre los operadores (como *-lla-* "no más" que aparece siempre a la derecha del morfema que limita), que también lo hacen. O sea, que si hay huecos discontinuos para albergar morfemas, también hay diversidad de ubicaciones para algunos de ellos, ya porque se recategoricen o ya porque operen sobre un conjunto operativamente dado. De nuevo la réplica está servida.



Cuando las lenguas son prefijales y sufijales al mismo tiempo, la complejidad de relaciones suele ser más compleja, debido a un atractor ternario que reubica las categorías. Es lo que sucede en guaraní (Krisoshein de Canese 1983), lengua en que los elementos pragmáticos de tiempo, aspecto, modo y persona se reparten como P...Raíz...M...T...A (frente al quechua y al aimara donde tenemos Raíz... A...T...P...M). En este caso persona y modo, reguladores pragmáticos de la sintaxis y la semántica se ofrecen contiguos a la raíz verbal y en el orden debido (pre- y su-fijados), mientras que tiempo y aspecto, intrarreguladores gramaticales lo hacen en la periferia (su-fijados) y en orden inverso al supuesto. Eso da ejemplos como *Nomboguatasevéitapahina* “¿No querrá más hacerlo caminar?” en que tenemos:

n-	o-	mo-	guata-	se-	ve-	i-	ta-	pa-	hina
neg.	P	voz	Raíz	M	grado	neg	T	int.	A

El aspecto debería ocupar la posición del modo, para operar más internamente que el tiempo, pero la prevalencia del mundo (persona y modo de los hablantes junto a la raíz), prevé una interpretación especularmente asimétrica. Por lo demás, los derivativos semánticos se ubican en la proximidad de la raíz, inmediatamente prefijados o sufijados, como estaría previsto en los casos prototípicos de la teoría morfológica.

No podemos aspirar a crear para las lenguas flexivas diversificaciones tan palmarias o a proveer discontinuidades tan bruscas como en la aglutinantes o polisintéticas, pero hay que tomar como referencia estos esquemas para dar soluciones a problemas morfológicos que se nos resisten todavía en lenguas como las flexivas. Es lo que pretendemos en lo que va a continuación.

5. Esquemas de la morfología del español

El español por lo que hace referencia a la prefijación se auxilia de un prefijo (*re-modelar*) o raramente de dos (*anti-hiper-tensivo* como término médico (no palabra general) / *des-in-formado*, en que el conjunto *in-formado* es ya una unidad desmotivada en relación con *forma*), que no implican ni cambio de categoría ni cualquier otra operatividad sintáctica concomitante (salvo excepciones como *anti-polen* en *filtro antipolen*). Le siguen sufijos derivativos variados (*pan-ad-er-ia* / *person-al-iz-ar*), que operan normalmente en el orden de aparición, y continúan con los morfemas de género y número (*leon-a-s*) o los de

modo-aspecto-tiempo-persona (*cont-ar-i-amos* / *sub-ir-á-s*)²⁰. En ellos la regulación pragmática está claramente prevista y las lecturas sintácticas se ofrecen más al exterior que las semánticas. Lo que no queda claro es dónde operan, si es que lo hacen, los elementos morfopragmáticos puros, incluso habría que seguir justificando si existen, lo que constituye la motivación última de este artículo.

Que existen parece claro. Estas unidades son generalmente las que pueden acompañar a cualquier categoría (o casi) y no a alguna en particular. Y entonces, cuando sean los adverbios quienes las porten o los gerundios invariables, etc. tendremos una pista de su existencia. En español decimos *silb-and-ill-o* (separando además la -o# final inseparable del gerundio) o *ahor-it-a* y por eso sabemos que estos sufijos son, antes de nada, puramente pragmáticos. Lo sabemos también porque son reduplicables (como *ahor-it-it-a* con una reduplicación cuantificativa minorizadora). Lo sabemos semánticamente, porque suponen evaluación del E. proyectada sobre R., tanto en el sufijo anterior como en los morfemas aumentativos o los despectivos (*re-que-te-brillante*, *chiqu-irr-iqu-it-in*; *av-ech-ucho*; *loco*, *reloco es lo que está*). Se manifiestan igualmente produciendo rupturas como las del acortamiento de palabras (*porfa*, que hace la petición más convincente; *Ese chino gordi se cayó* dicho por un niño con un registro entre lástima y burla; *Tener la neura* o *estar con la depre* como aminoradores de la irregularidad mental que aqueja a quienes las sufren) o en los hipocorísticos (*Meli* por *Amelia*, *Ani* por *Anita* / *Ana*). Se localizan igualmente en los lugares imposibles ocupados por otros prefijos homófonos, como un virus que se placa sobre la célula que lo mantiene (*des=perni=quebr-ado*, no recogido por el DRAE, es 'aquel que se ha caído y se ha lastimado mucho las piernas', por lo que ni tiene composición final desde *des-piñar*, lo que supondría carecer de piernas y por tanto no poder ser éstas quebradas, ni desde *perni-quebrado*, lo que supondría que ya no tiene la quebradura de piernas que anuncia su base). De ello resulta que es únicamente una formación hiperbólica que toma para indicar la fatalidad el prefijo negativo.²¹ Tal vez así se explique también, al

²⁰ A estos les hemos denominado, como consecuencia de diferente orientación teórica, flexemas (Calvo 1993 y 1996).

²¹ La publicidad con sus reclamos constantes es fuente de múltiples formaciones de este tipo: palabras como *antiarrugas*, *antienvejecimiento*, *antikilos*, *anticelulíticos*, *antigrasa*, *anticaspa*, *enriquecida con silicio reestructurante*... dan y quitan propiedades con una rotundidad en que no caben términos medios. El poderío interno de los productos, autosuficientes en sus cualidades, lleva también a formaciones en que el significado es un simple soporte para la intención pragmática comunicativa: *automaquillaje*, *autorrecargables*, *autoreverse*,

menos desde una etimología popular, *re-pos[ter]-ía* (en relación con un hipotético étimo *postre*).

Por otra parte, la libertad de uso nos da pistas sobre la formación preliminarmente pragmática de ciertos derivados como vimos en *medicamentazo*. Es el caso de *la almodovaritis que estamos sufriendo*, *Stallonización*, *antiberlanguiano*, ejemplos progenéricos con equivalencias como "la enfermedad o inflamación de Almodóvar [por su cine y su persona]", que se dio principalmente a principios de los años noventa, etc.) y compuestos (*play-back*, *alta-tecnología*, *compact-disc*, algunos con graffías inusitadas o *chiqui-chaque* término compuesto icónicamente como onomatopéyico²²) o la puesta en escena de funciones nuevas del lenguaje en base a la morfología (como *el comediático Allen* en que se juega con un derivado de *comedia*, al mismo tiempo que con otro de *mediático*). El hecho de que ejemplos como los citados anteriormente y otros muchos (como *socialistorras*, o *sentimentaloide* en que la creación morfológica viene dada por la caridad de los políticos que inventan términos despectivos mientras llama a sus oponentes 'listos' (*socialistas* - *sociolistas*) o por la crítica pagada que copia sufijos de terminales químicas para caracterizar películas que no impiden que vea en masa el pueblo que lee sus crónicas) queden proyectados en las formaciones clásicas de la palabra española, no debe dejar de lado que la impronta pragmática es previa en ejemplos como esos. Como la Pragmática,

autobrillante; indestructible, imprescindible; porque eres dulce, transparente, inconfundible..; autocolágeno, autofoco, autorradio, autopistas de la comunicación. O estos otros: Asciende imparable en las listas de éxito, Imposible dárselos con más confianza, Un corte impecable, Una vida imperecedera y sin problemas de mantenimiento, En el momento irrepitable del Free Jazz, Tiene competencia, pero no rival, irresistible, Almacenamiento de documentos ilimitado, Cristal zafiro irrayable [sic], Su magnífica pulsera de cerámica irrayable, Parabrisas telúrico, techo solar, sistema antibloqueo, Sistemas de seguridad antibala, Con su triple acción anticelulítica. O Faros antiniebla, como si los faros disiparan la niebla en vez de luchar a veces vanamente contra ella, para que nos abramos paso entre sus sombras. Nuestro corpus registra cientos de ejemplos más, muchos transcategorizadores. Cf. también Lang (1990).

²² Todas las palabras constituidas sobre una onomatopeya primaria son de hecho pragmáticas, puesto que están motivadas directamente por el mundo: *tic-tac* se forma de manera distinta a lo habitual en la fonotaxis del español y además no significa sino eso: el ruido acompasado del reloj cuando lo hace. Y así tantísimos ejemplos más: *El cucurrucucúpaloma*, *Un blabláblá peyorativo*. Hay sonidos en muchas canciones indicativos de muchas expresiones más o menos libres como *lairó lairó lairó* o *choguí choguí choguí*, el *poronponpón* o el *dindón*. Cantan los animales como el *quiquiriquí* del gallo; se hacen ruidos como el *gluglú* al tragar o el *ris ras* de la sierra. *Se habla al buen tuntún*, *Armamos el zipizape*, *A mí eso.. ni fu ni fa*.

según hemos dicho en otro lugar (Calvo Pérez 1989), en una ciencia CLIP (ciencia-lingüística-interno-periférica), haciendo sin duda también pragmática con la acronimia, domina desde su no escisión del signo la morfología y puede proyectar sobre ella juegos de Sdo. o de Ste., cuando no, como es más común, de ambos en conjunto (véase *teje-maneje*). Es decir, que el campo de la creatividad inusitada, para surtir nuevos efectos, acarrea en primer lugar una decisión pragmática.

Ahora bien, es en el ámbito del diminutivo-aumentativo-despectivo y por las razones antedichas donde se abre camino de modo más claro el **pragmofonema**: *Carlos / Mercedes*, pero *Carl-ito-s / Merced-ita-s*, reflejan, por ejemplo, una sufijo -ito / -ita incrustado plenamente en la raíz, en un lugar inaccesible a otros morfemas de la lengua. En *pie / mano / lección*, las formas *pie-c-ito* y *pie-cec-ito / man-ita* o *man-ec-ita / leccion-c-ita* adoptan un interfijo que deja a la raíz o a la palabra base al margen de la sufijación, levantando una frontera entre ambos, también a diferencia de lo que ocurre con otros derivativos. Por lo que respecta a las categorías, ya sabemos que afecta, incluso con repetición, a adverbios y a invariables gerundios (*ahorita, ahoritica; silbandillo*). Ni siquiera estos mismos recursos valen del todo para aumentativos como *perr-azo / mujer-ona, trag-ón* o *cuarent-ón*, que sólo operan a nivel evaluativo, pero no ostentan conductas anómalas de construcción de la palabra (salvo excepciones como *tont-orr-ón, pis-ot-ón, hombr-et-ón, bes-uc-ón, met-ic-ón, grand-ull-ón, sant-urr-ón, corp-ach-ón, chic-arr-ón, hart-az-ón* e incluso *sol-itr-ón* y *bob-al-ic-ón* en que hay una especie de interfijos frecuentativos o despectivos, homogéneos con los estudiados, que ejercen de almohadilla) ni tampoco para formas mixtas despectivas de paráfrasis irregular como *pel-ón* ("sin pelo" y no "con mucho pelo"), de ahí que sea el diminutivo cortés el que señale prototípicamente (pero no exclusivamente) el comportamiento derivativo de la morfopragmática.²³ Parece claro que los pragmofonemas aumentativos y despectivos, aunque con menos frecuencia que los diminutivos, también ocupan lugares extraños de la palabra o son situados tras interfijos en ellas. Si tuviéramos que llevar a *Carlos* estos modificadores tendríamos por ejemplo *Carlazos* o *Carluchos*, pero al mismo tiempo podríamos tener *carlotada* (como *charlotada*) con shandi y no tmesis, con pérdida y no recuperación de la -s#. Hay una razón muy clara: el sufijo pragmático no cambia ni la categoría ni el significado, simplemente 'disminuye' para cumplir funciones comunicativas adjuntas al enunciado (o también para objetivar el tamaño del mundo, en

²³ Los despectivos traen formas interfijadas también: *espum-ar-ajo, pint-arr-ajo, morr-oc-et-udo, largu-ir-ucho* o *pajarr-aco* (con vibrante múltiple enfatizadora). Compárese incluso *pistol-azo* con *pistol-et-azo* (Fernández Ramírez 1986).

réplica semántica; es decir, que se lee como pragmático-semántico y eso permite en un segundo orden que se lea también como semántico-pragmático, caso de *cest-o / cest-a, barc-o / barc-a*). En cambio, los sufijos derivativos semántico-sintácticos (aunque no sean sintáctico-semánticos, es decir, aunque no transcategoricen, como *carlotada* que también es sustantivo como *Carlos*) presentan sustantividades diferentes, que hay que evaluar. Es decir que *Carlos* y *Carlitos* son la misma entidad de referencia, mientras que *Carlos* y *carlotada* no lo son: *Carlitos* es un "Carlos pequeño" (o afectivo, o burlón, etc.), pero es Carlos, y *carlotada* es una acción hecha por Carlos o por alguien similar a Carlos, lo cual implica cambio de referencia y, por tanto, desarrollo pragmático a entidades diferentes. Obsérvense los siguientes ejemplos:

palabra	derivada	categorización	referencia
<i>ocupar</i>	<i>ocupación</i>	V → N	acción → resultado (abstracto)
<i>ocupar</i>	<i>ocupaciones</i>	N → N	una → varias
<i>ocupar</i>	<i>desocupar</i>	V → V	acción → acción (inversa)
<i>mesa</i>	<i>mesita</i>	N → N	la misma

Sólo en ejemplos lexicalizados como *mesa / mesilla (de noche)*, etc. la referencia cambia por la especialización producida en un subconjunto inicial. En los demás casos el cambio pragmático se produce ya movido por un nuevo significado sistemático (*ocupar / desocupar*) por una exigencia de forma diferente (*ocupación / ocupaciones*) o por un cambio de categoría que afecta a la sintaxis (*el comando ocupa la embajada / la ocupación de la embajada por el comando*). Nada de esto pasa con *Carlos / Carlitos* y lo que pase se tramita a través de las reglas de evaluación del habla, de la cortesía, del sentido irónico o sarcástico de la frase que contenga la palabra, etc., pero no mediante las citadas para los demás fenómenos de la morfología.

El caso de los morfemas de flexión es de rango diferente y tiene que ver generalmente más con la sintaxis o con el par semántica-sintaxis, pero siempre también con la pragmática y a través de la pragmática. En efecto, considerada la vocal temática del verbo como un interfijo (*prender da prend-i-miento, acertar da acert-ijo, combatir da combat-e*, aunque tengamos *colg-a-dura, mord-e-dura, vest-i-dura* o *pic-a-nte, exist-e-nte, cruj-ie-nte*) sabemos que el verbo tiene un flexema de persona (*com-e* de 2ª, *com-as / com-a* de 2ª / 1ª=3ª, *com-o / com-es / com-e* de 1ª-2ª-3ª), otro de temporalidad expresado mediante el acento suprasegmental (*com-í / com-íste / com-idó*), otro de modalidad, heredado de una perífrasis de obligación latina (*com-er-é, part-ir-é, am-ar-é*), y por último uno más de

aspectualidad (*com-í-a*, *part-í-a* y su alomorfo *-ab-*: *am-áb-a*)²⁴. Estos morfemas de flexión se ordenan o alternan en la parte externa final de la palabra, por el lado de la forma (*com-er-í-a*), con arreglo a la serialidad, ya contemplada arriba, de modo-aspecto-tiempo-persona. En ella, modo y aspecto son flexemas pragmáticos nacidos en, y medidos desde, la lengua por el lugar que ocupan y por su significado de actitud ante lo dicho por el E. o negociado por el par E./R. en el desarrollo interno de la acción. Por su parte, tiempo y persona son reguladores objetivos de los participantes en la acción y del contexto temporal de la misma, aunque tienen también impronta pragmática. El aspecto y el modo tienen que ver más con la pragma-semántica, a diferencia de la persona y el tiempo regulados por la pragma-sintaxis, y por ello su direccionalidad constructiva cambia: va de fuera adentro para los dos últimos y de dentro afuera para los dos primeros. El número quedaría en principio adscrito a los participantes y por eso sería regulado como la persona, desde fuera, sensible a la concordancia. Ello se puede ver en el esquema siguiente:

Prefijos + Raíz + Derivativos + Pragmamorfemas (*des-cuart-iz-ar-í-amos*, en que *-iz-* es transcategorizador semántico-sintáctico por añadir un significado causativo y también un argumento oracional más, además de cambiar la categoría de sustantivo a verbo; aquí los pragmamorfemas son pragmasemánticos de modo o aspecto y pragmasintácticos de tiempo o persona). Con ello la direccionalidad de las flechas que indican el proceso de *aplec* o cierre es como sigue:

[Pref. ←[Raíz →]_n →]→]_v→]PRAGMA.

A su vez, la terminal pragma amplía la palabra a la forma siguiente:

[Pref. ←[Raíz →]_n →]→]_v→]pragma:→]_m.→]asp. ←]t. ←]pers.

No cabe la menor duda de que la estructura del español (así como la de la mayoría de las lenguas) es a veces dextro- y a veces sinistro-versa. En morfología *matamoros* lleva la direccionalidad *mata* → *moros* (como en *Santiago se llama Matamoros, porque ayudó en la batalla a los cristianos*), pero *contrapeso* la lleva *contra* ← *peso* (como en *Un contrapeso*

²⁴ La consideración de la vocal temática como operante a este nivel permitiría que nos hallásemos ante flexemas -C- o -C+V- (-b- o -ba-) o lo que es más grave, que la sucesión silábica coincidiera con la morfemática, lo que es apropiado para las palabras compuestas o no monorradicales, pero muy esporádicamente para las derivadas.

es un peso que se coloca para equilibrar la carga)²⁵. Por lo común, la direccionalidad es dextroversa en el sintagma (la posición Sust. + Adj. es más común que la contraria: *un libro fundamental*, pero *un nuevo libro / un libro nuevo*), y ambigua en la oración (S-V-O / O-V-S: *Yo quiero el libro / El libro lo quiero yo*, mejor que *Yo el libro quiero* o *Quiero yo el libro...*). Y en consecuencia, en el plano de la máxima abstracción teórica el par Ste./Sdo. es con más exactitud Sdo → / ← Ste.²⁶

Otros fenómenos morfonológicos en opción pragmática directa requieren análisis diferenciales en cada caso. El del alargamiento enfático como *Carl-íito-s* o el de corte enfático con pausas como *Car.li.tos*, etc. tienen que ver más como la fonopragmática que con otras subdisciplinas lingüísticas. Sucede igualmente con los rasgos suprasegmentales de todo tipo ¡*Carlitos!* o ¿*Carlitos?*, etc. El fenómeno de acortamiento afectivo tiene que ver también con la fonotaxis (*Se estudia las natu-s*, *Le han comprado un suje*, *Dadme la bici*, *Tú has sacado sobre, yo sufi, pero ella insu*), al igual que el de la repetición (*cuchi cuchi*)²⁷

²⁵ Otros ejemplos son *misa-canti-ano*, *poder-d-ante*, etc. en que se da un fenómeno de incorporación muy curioso y de poca productividad en el presente (pero *hispano-habl-ante*, *anglo-parl-ante*). Tampoco es productivo hoy el tipo de incorporación antipasiva del Instrumental como en *machamartillo*, aunque sí la activa del Agente como en *cantautor*.

²⁶ En esto, también difiere nuestra postura de las generativistas en general, las cuales adoptan siempre la ordenación de niveles Derivado → Compuesto → Flexivo, rechazando por lo general las aportaciones semánticas y pragmáticas a sus modelos. La coincidencia con algunos autores es obvia: es necesario recurrir a supraestructuras para explicar, por ejemplo, las discontinuidades morfológicas o a bidireccionalidades para dar cuenta de fenómenos como el que se ha dado en llamar paradoja de encochamiento (cf. Varela 1990: 55 y ss.). Por lo demás, en casos de coordinación nuclear como *blanqui-verde* etc. hay unión previa al mismo nivel antes de posibles derivaciones (*blanqui-verduzco*), si no no sabríamos cómo explicar ejemplos como *mach-i-hembrar* en que **hembrar* no existe y en que la verbalización se produce a posteriori: [[[mach]_n-i-[hembra]_a]_n]-(-a)r]_v. Pero la situación se hace menos previsible en cuanto que es la palabra final la que ostenta el derivado que le corresponde, pese a la igualdad categorial (*sordomudo* da *sordomudez*, pero no **sordomud-era*). En este caso se aplicaría la Condición de Adyacencia (Siegel 1977).

²⁷ Este fenómeno es mucho más frecuente de lo que pudiera suponerse. Seleccionamos de nuestro corpus los siguientes ejemplos: *Bombón*, *Nanay*, *Estar así así*, *Jugaremos al ping-pong*, *Y tú erre que erre*, *Los mata bien muertos*, *Este es un chaqueton de piel piel*, *Va a jugar al veo-veo, gane mucho dinero con el rasca rasca*, *Café X*, *el café café*, *Yo vivo en París*, *-¿en París París?*, *Nos jugamos la coca cola al pito pito gorgorito*, *Como no salga nunca*, *-¿nunca nunca?*, *Donde dije digo digo Diego*, *El guau guau de mamá*, *Chin chin*, *Gluglugh*, *Blabláblá*, *A mi hermana lo que le gusta el es ñam ñam*, *El bisbis es un juego que se juega en un tablero o*

o la reduplicación (*le-lo, ne-ne*). Sin embargo, el fenómeno de los diminutivos y otros evaluativos es, en toda la regla, morfopragmático y, por ello, su representación exige la marca de E., R. o C. (Emisor, Receptor, Contexto), como diferenciales de G. (gramática); puede verse de nuevo en *Carlitos*:

Carl→...←-os (G), donde G. domina semántica y sintácticamente.
.....↑-it-↓... (E./R./C.), donde G. es dominada pragmáticamente.

La pragmamorfología no acaba aquí. Cada vez que un hablante hace uso de una opción libre de morfemas (recuérdese el caso de *prol-ífico* y de *prol-ífero*), de aquellos que no vienen impuestos por la estructura morfosintáctica y morfopragmática de la lengua, está aplicando criterios puros de uso a las estructuras, con intención comunicativa explícita y con ánimo de dar un sentido nuevo (más que objetivamente preciso) a sus expresiones: obsérvense casos tan explícitos como *Es que tienes una agresiv-ité, Una jeta sonrosada que rebosa felicité, Perdonadme el car-eto que tengo hoy, ¿En qué bar-eto nos tomaremos el caf-eto después de cenar?, Si queréis qued-ar-sus ahí tenéis sitio, La depresión es muy mala porque da por el beb-er-cio, Lo tuyo es mied-itis*. Igualmente, cada vez que hay un choque entre el contexto y la lengua de tales características que se reconoce algún morfema de habla concreto en él (*hacer pi-pí* frente a *orinar*, etc. en el lenguaje infantil; *boc-ata* en vez de *boc-ad-illo* en el lenguaje juvenil; *mon-ísimo* dicho por una mujer...), los afijos implicados responden a una elección morfopragmática particular. Todo juego que incluya repeticiones icónicas (del tipo *re-que-te=guapa, chiqu=irr-iqu-it-in*) que apelan inmediatamente a la subjetividad intrínseca de los hablantes, nos sitúa ante la misma subdisciplina. Es obvio que la pragmática se manifiesta más ampliamente en otros niveles que en los de la morfología

lienzo dividido en casillas, Lolo, El chachachá y el can can, el bugui bugui, Bacalao al pil pil, Come cus cus, Despues de echar pica pica todos se pusieron a estornudar, Lo haremos en un momento mano a mano, Iremos paso por paso, Codo con codo, Vis-à-vis, Frente a frente, Frente por frente, No hago mas que reñirle y tu dale que dale. Otros más no son tan obligatorios y bien pudiera reducirse la expresión a uno solo de ellos, lo cual no le quita para que sean considerados fenómenos eminentemente pragmáticos también: ¡Bueno bueno!, Lío lío, el que hemos armado hoy, El mundo está loco loco loco, Deja la ropa blanca blanca, Hace un día bueno buenó, ¡Huy Huy Huy!, ¡Ramón Ramón!, siempre copiando, Íbamos andando andando tranquilamente cuando nos dimos cuenta de que a Susana le habían quitado el bolso, A ver a ver, enséñame la garganta, Toma que toma que toma, dale que dale que dale, Si sí, que te crees tú eso, ¡No no! lo último que haría sería ir a la fiesta, Casi casi le doy, Esta lejos lejos, ¡Vaya vaya!, tú por aquí, Atención, atención puede haber gol, Adiós adiós, Con el niño encima diciendo: tacatá tacatá tacatá, ¡Muá muá!, a dormir.

(cf. Calvo Pérez 1993), pero eso no quiere decir que el núcleo duro de las estructuras no manifieste a veces el filtrado pragmático. De hecho, todos los sufijos derivativos, las raíces o temas en sí mismos, así como los prefijos que los enmarcan, tienen trascendencia semántica (-ero significa lugar, u oficio, o inclinación como en *cenicero*, *cabrero* o *pesetero*; *des-* significa eliminación de algo adquirido como en *desprestigiar*, *en-...-ec-* o *a-...-ec-* son circunfijos que significan proceso como en *entristecer* o *abastecer*) y, por tanto, remiten directamente a nuestras actividades en el mundo como hablantes, con la riqueza de nuestras sensaciones y los procesos mentales en los que nos movemos y que tenemos que explicitar, etc. Por lo tanto, el ámbito de su estudio corresponde como ya dijimos a la Pragmática Léxica (Calvo Pérez 1983), subdisciplina que aquí hemos orillado en beneficio de la Pragmamorfología y sobre la que cabe decir que tiene su frontera en las relaciones puramente internas del binomio semántica-sintaxis. Pero al mismo tiempo, un sufijo causativo como -iz-, (en *oficializar*) o el conversor -ø- de los verbos sincréticos (como en *alquilar*, *volar* o *correr*: *Te alquilo mi casa*, *Volaremos la cometa*, *No corras las cortina*) que modifican (o lenifican como en caso de la causatividad leve de *alquilar*) las condiciones argumentales de los esquemas de la oración, ya no son estrictamente pragmáticos. Mejor dicho, lo son en tanto en cuanto la Pragmática como ciencia global que explica la lengua desde el mundo y éste desde ella actúa en dialéctica con el par citado: pragmática ↔ semántica-sintaxis, pero a otro nivel teórico: el del establecimiento de la propia ordenación disciplinar de la lingüística, el cual no impide la promoción interna del contexto y de los hablantes a través de lexemas libres (*Desgraciadamente*, *yo no miré a la calle*, con el adverbio subjetivo sentencial; *¡Había sido niña!*, con pluscuamperfecto sorpresivo, a través del auxiliar en castellano andino; *Todavía es de día*, a través de un activador temporal de la presuposición, son ejemplos de sobra conocidos), condicionando así la estructura de todos los sintagmas y paradigmas de las lenguas. No en vano la pragmática es una ciencia CLIP.

6. Evaluación

Salvo aquellos autores que han insistido en el aspecto afectivo (o en su caso en el despectivo, aumentativo o superlativo, que aquí hemos ejemplificado menos, pero que responden a semejantes posturas pragmáticas de evaluación subjetiva: *Este chico es un borr-ucho*, *Uy!*, *hijo mío*, *qué moc-et-ón*, *Querid-ísimo hermano...*), pocos se han decantado por la pragmática del uso aplicada a la morfología. Y menos aún los hay que se hayan referido explícitamente a ella. Por eso, el motivo principal de nuestro artículo ha sido el de incidir en esta línea. El camino por recorrer es aún muy largo y habría que meditar hasta

qué punto prefijos como *archi-*, en *archi-sabido*, *des-* en *descamar*, *re-* en *repoblar* o *super-* en *super-guapo* no son sino expresiones hiperbólicas del uso sin más, sin nuevos referentes directos a la realidad que enuncian. La bibliografía actual ayuda poco: la mayoría de los autores trabaja en la posición y ordenación de los morfemas, en las reglas shandi de su conexión con las bases, en si se ha de operar con reglas abstractas o no y, descendiendo de nivel, en la morfonología: en qué hacer cuando hay discrepancia metafónica manifiesta como en la inflexión vocálica (**umlaut**) o la alternancia (**ablaut**), qué hacer con las raíces consonánticas de las lenguas semíticas, con el papel, función y ubicación del morfema tonal en bantú o problemas por el estilo que exigen al morfológico plantillas abstractas supraorganizativas (**templates**). En otros casos se trata de lo contrario: de superar las unidades mínimas (morfemas o morfós) y aplicarse directamente a conjuntos de palabras (Anderson 1982, 1992 es un buen ejemplo). Nuestro objetivo no ha sido, empero, el de minimizar estos enfoques o discutir la impropiedad de uno u otro modo de aproximación a la palabra (desde la semántica, la sintaxis, la fonología...), sino de caracterizar la materialidad más íntimamente morfopragmática de algunas construcciones de la lengua: frases hechas a nivel de oración o de sintagma, composición y parasíntesis a nivel de palabra, acortamientos o alargamientos a nivel de sílabas o grupos silábicos, etc., o la función del lenguaje a nivel de algunos morfemas (como los valorativos, que nos han parecido los más idiosincrásicos) y, sobre todo, algo que no se puede, bajo ningún pretexto, soslayar: la intención de los hablantes, su situación interactiva y el contexto general en que se codifica y descodifica el mensaje sobremorfologizado. En este último punto cabe investigar cuándo se construyen palabras lúdicamente, cuándo se tienen en cuenta aspectos concretos del Receptor o del Emisor, cuándo existe un contexto inmediato como el de la raíz misma de la palabra compuesta o derivada, que choca con el sufijo adjuntado y por qué, cuándo una formación inusitada, que nadie valoraría como aceptable o como construible a través de las reglas más inmediatas del morfológico, nace y tiene éxito, etc. En todos estos aspectos y muchísimos más actúa el genio de los hablantes (más que el de la lengua abstracta puesta a su servicio por la comunidad).

Este es todo un programa de investigación que aquí no hemos querido sino esbozar.

Referencias

- Alonso, A. (1974), "Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos", *Estudios lingüísticos. Temas españoles*. Madrid, Gredos, 161-189.
- Anderson, S. R. (1982), "Where's morphology?", *Linguistic Inquiry* 13, 4, 571-612.
- Anderson, S. R. (1992), *A-morphous Morphology*, *Cambridge Studies in Linguistics* 62.
- Aronoff, M. (ed.) (1976), *Word formation in Generative Grammar*, Cambridge (Mass.), MIT Press.
- Bybee, J. L. (1985), *Morphology. A study of the relation between meaning and form*, Amsterdam, John Benjamins Publ. Co.
- Calvo Pérez, J. (1983), "Topología y semántica. Fundamentos para una pragmática léxica", *Cuadernos de Filología. Teoría: Lenguajes* 1, 3, 159-211.
- Calvo Pérez, J. (1989), *Formalización perceptivo-topológica de la gramática liminar. Hacia una pragmática natural*. Murcia, Universidad.
- Calvo Pérez, J. (1993), *Pragmática y gramática del quechua cuzqueño*, Cuzco, CERA "Bartolomé de las Casas".
- Calvo Pérez, J. (1994), *Introducción a la pragmática del español*, Madrid, Cátedra.
- Calvo Pérez, J. (1995), *Introducción a la lengua y cultura quechuas*, Valencia, Universitat / Departament de Teoria dels Llenguatges.
- Calvo Pérez, J. (1996), "Para un nuevo paradigma del verbo español", *Verba, Anuario Gallego de Filología* 23, 37-65.
- Davis, G. W. (1992), "What's in a word?: On integrating recent approaches to secondary associations, submorphemic units and morphological segmentation", *Word* 43, 2, 197-216.
- Dressler, W. U. (1985), "On the predictiveness of natural morphology", *Journal of Linguistics* 21, 321-338.
- Fernández Ramírez, S. (1986) (Ordenado, anotado y dispuesto para la imprenta por I. Bosque), *La derivación nominal*, Madrid, Anejos de la RAE.
- García-Medall, J. (1994), *La prefijación preverbal. Un estudio de morfología integrada del español*, Valladolid.
- Hockett, C. F. (1990), "Two models of Grammatical Description", *Word* 10 (1954): 210-231.
- Jensen, J. T. (1990), *Morphology. Word Structure in Generative Grammar*, John Benjamins Publ. Co.
- Kilani-Schoch, M. (1988), *Introduction à la morphologie naturelle*, Berna, Peter Lang.

- Krisoshein de Canese, N. (1983), *Gramática de la lengua guaraní*, Asunción, Colección Ñemity.
- Lang, Mervyn F. (1990), *Formación de palabras en español. Morfología derivativa productiva en el léxico moderno*. Madrid, Cátedra, 1992.
- Lázaro Carreter, F. (1972), "¿Consonantes antihíaticas en español?" *Homenaje a Antonio Tovar*, Madrid, Gredos, 253-264.
- Lieber, R. (1980), *On the organization of the Lexicon*, Ph.D, Indiana University Linguistic Club.
- Lieber, R. (1992), *Deconstructing Morphology. Word Formation in Syntactic Theory*, Chicago and London, The University of Chicago Press.
- López García, Á. (1983), "La cuestión morfológica y su presunta asistematicidad: el paradigma español en gramática liminar", *Cuadernos de Filología. Teoría: Lenguajes I*, 3, 67-138.
- Matthews, P. H. (1974), *Morphology, An Introduction to the Theory of Word-Structure*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Randall, J. (1988), "Inheritance", en W. Wilkins (ed.), *Tematic Relations. Syntax and Semantics* 21, 129-146.
- Robins, R. H. (1959), "In defense of WP", *Transactions of the Philological Society*, 116-144.
- Scalise, S. (1984), *Generative Morphology*, Foris, Dordrecht.
- Selkirk, E. O. (1982), *The syntax of words*, Cambridge (Mass.), The MIT Press.
- Siegel, D. (1977), "The adjacency condition and the theory of morphology", en M. Stein (ed.), *Proceedings of the 8th. Annual Meeting of the North Eastern Linguistic Society*, 189-197.
- Spencer, A. (1991), *Morphological theory*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Varela Ortega, S. (1990), *Fundamentos de Morfología*, Madrid, Síntesis.
- Williams, E. (1981), "On the notions 'lexically related' and 'head of a word'", *Linguistic Inquiry* 12, 245-274.
- Winther, A. (1975), "Note sur les formations déverbales en -eur et en -ant", *Cahiers de Lexicologie*, 26, I, 56-84.